XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

¿Cómo se hace naturaleza en una huerta?.

Bruno Blasi.

Cita:

Bruno Blasi (2023). *¿Cómo se hace naturaleza en una huerta?. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/67

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

¿Cómo se hace naturaleza en una huerta?

Lic. Bruno Blasi (UBA): blasi_b@live.com

Resumen

En esta ponencia intentaremos explorar cómo se produce configuración de la naturaleza en una huerta agroecológica. Casi a modo de ensayo, y a través de la experiencia de trabajo de campo en una producción agroecológica de la Provincia de Buenos Aires, intentaremos dar cuenta de los modos en los que elementos humanos y no humanos se combinan en situaciones concretas para dar forma distintas caras de naturaleza. Para esto seguiremos de cerca el destino de una liebre, la trayectoria de unos surcos de acelga y de cebolla de verdeo, y a varios grupos de hormigas que cohabitan la huerta. El acercamiento simétrico a estos tres casos nos permitirá advertir las diferentes caras de una naturaleza multifacética para esta producción agroecológica.

Palabras clave: agroecología, naturaleza, poner en práctica

1. Introducción[1]

En la ventana no había luz alguna, cuando la melodía del despertador retumbó en toda la habitación. Acurrucado, esperaba que, de algún modo, termine de sonar solo. No lo hizo. Tuve que salir de la cama. El frío lo sentí principalmente en los brazos y manos, hasta que pisé el suelo. Me abalancé sobre el escritorio del otro lado del cuarto y apagué el ruidoso tormento. Casi con dos saltos, me zambullí nuevamente debajo de las sábanas y el acolchado. Unas voces poco claras y lejanas. No entendía que decían, o quiénes eran. Sin embargo, el perro, como de costumbre, abrió la puerta a punta de cabeza en un golpe seco. Entró y me miró. Estiré un brazo y lo acaricié mientras sentí el frío apoderándose de mi piel. Mi padre me dice un número, algo cercano al cero, un poco arriba un poco abajo. Una temperatura que se había puesto en práctica en mi cuerpo antes, mientras el perro me movía la cola.

Me aseé y vestí apurado, y verifiqué que la faja de trabajo y las botas de agua estuviesen en la mochila. Mientras desayunaba un café y algún hidrato de carbono, dejé el celular cerca y, cada tanto, miraba los mensajes de WhatsApp por si Lara me había escrito. A veces me preguntaba por la hora a la que yo iba a llegar, otras para avisarme sobre el estado del camino

[1] En presente texto es una narración etnográfica, en el que sintetizo en un solo día algunas experiencias cotidianas vividas a lo largo del trabajo de campo realizado. Como se verá, lo relevante de este trabajo pretende ser la cotidianidad misma, y no el orden en que se sucedieron algunos eventos. Pretendo, a través de este, dar cuenta del modo en que la naturaleza toma forma dentro de la producción agroecológica a través de prácticas localizadas, y no una fuerte sistematización teórica al respecto. Por otro lado, quisiera aclarar que las identidades han sido anonimizadas para preservar las mismas.

de ingreso a su campo, a su casa. Una vez, incluso, me llamó para decirme que solo iban a estar Niko y Tommy, y que me sume a los peones en lo que estén haciendo.

Esa era mi pequeña rutina de los viernes durante tres de meses, antes de salir para Monte Grande. La primera vez que fui, lo hice con mi viejo, un poco porque me quiso acompañar, un poco porque yo no estaba acostumbrado a manejar en la autopista. Sin embargo, a las pocas veces de volver aprendí que el viaje con él era una cuestión necesaria. El camino de entrada a la producción agroecológica de Lara y Gordon (de allí el nombre de la producción) es un tramo de poco más de un kilómetro de ripio y tierra, en no muy buen estado, que, con un poco de lluvia, rápidamente se inunda y se forma una espesa capa de barro. Mi padre tenía, entonces, una función muy específica: al llegar, llevar el auto a algún lugar para no dejarlo tirado en medio del camino.

Una vez que la taza de café estuvo vacía, emprendimos el viaje. En algún punto de la autopista, dije a mi viejo que me costaba creer que, al que se lo considera unos de los pioneros de la tradición etnográfica, Malinowski (1975) se hubiera imaginado que alrededor de cien años después de su emblemático trabajo, iba a haber personas como yo. Personas que pretendíamos investigar etnográficamente un grupo que está a pocos kilómetros de donde vivimos, que hablamos el mismo idioma, y que en las fotos nos parecemos mucho, pero mucho más, que Malinowski a las personas con las que se encontró en las islas Trobriand (Figura 1), por no decir que somos prácticamente iguales.

Figura 1.

Bronisław Malinowski con un grupo de personas de las islas Trobriand.



Nota. Año 1918, fotógrafo desconocido. Tomado de *Bronislaw Malinowski – LSE pioneer of social anthropology* [Fotografía], por Katharine Fletcher, 2017, LSE History (https://blogs.lse.ac.uk/lsehistory/2017/06/13/bronislaw-malinowski-lse-pioneer-of-social-anthropology/)

Sin embargo, la etnografía había recorrido un largo camino, así como también la sociología. Mi pretensión, intentar describir la configuración de prácticas situadas (Quéré, 1992), y las exigencias de aquella tradición iniciada en la antropología, un extenso y continuo proceso de estar en situación, involucrándome en las prácticas cotidianas del grupo y la actividad que es de mi interés, observando lo que hacen (y haciéndolo), escuchando lo que dicen (y charlando), para poder dar cuenta de primera mano de esas prácticas (Buscatto, 2022; Hammersley & Atkinson, 1994), parecía, como me recomendó mi director, una forma adecuada a mi intensión descriptiva. En mi caso, una estadía prolongada todos los viernes con Lara y Gordon, sus hijos, el padre de él, los peones, los perros, el campo, su casa. Posiblemente, mi padre estuvo más interesado en la radio que en lo dije, pero, de todos modos, me preguntó para qué lo estaba haciendo.

Por supuesto, creo que nadie debe hace una etnografía para saber si el trabajo de campo es “duro”. Lo que me quería ver, escuchar y hacer era agroecología. Me preguntaba sobre cómo es el día a día de una producción; cómo era, efectivamente, el trabajo en el campo; cómo era la relación con los peones; cómo intentaban solucionar los pequeños traspiés cotidianos; cómo ellos le daban forma a esa cosa llamada agroecología. Para esto trabajé en el campo

ese tiempo: a ellos les venía bien un par de manos (no tan dóciles) extras, y a mí, pasar tiempo con ellos.

Figura 2.

El camino de acceso al campo, abnegado.



Nota: junio 2023. Fotografía de mi autoría.

2. Nudo

También se había vuelto costumbre que los perros me recibieran. Cuando me acerco a la tranquera, empiezan a ladrar y correr los tres hacia mí, la cuarta (la más vieja de todos) espera a que yo la salude a ella. Albóndiga y el Negro, sobre todo, se me tiran encima y me llenan de barro la ropa hasta la altura del pecho. Son como una especie de timbre, porque Gordon suele acercarse a la entrada poco tiempo después de los ladridos.

Mientras los acaricio e intento sacármelos de encima a la vez, me acomodo en la mesa que tienen fuera de la casa, en un pequeño patio con piso de cemento y un techo a un agua. Me saco la campera y el buzo, y otra vez el frío. Lo suficientemente rápido como para no equivocarme, me pongo la faja que traje en la mochila y me pongo de nuevo la ropa encima. Luego me saco una zapatilla, coloco una bota de agua, y después lo mismo con la del pie

restante y dejo las zapatillas adentro de la mochila. Por último, dejo la colgada de una silla para que los porteros de cuatro patas no la destrocen (como me había dicho Lara[2] la primera vez que fui) y agarro los guantes que Gordon me deja sobre la mesa.

Cuando Gordon no venía, lo iba a buscar. Primero miro y, como también era costumbre, no lo encuentro a primera vista. Sin embargo, apareció por un costado, y me saludó. Hoy tenía que levantar riegos. Es decir, ir a quitar del suelo las mangueras que se colocan paralelas y sobre los surcos para que el goteo hidrate la tierra y la planta. Fui a hacerlo, pero los peones estaban haciendo otra cosa. A veces trabajaba a la par de ellos, otras mi labor era distinta.

Sin embargo, antes de acercarme a la parcela que me señaló, le pregunté si podía ir a ver las cebollas que había sembrado la primera vez que fui. Quería ver cómo estaban. Ya lo había hecho otras veces. Me intrigaba saber qué había pasado con ellas desde esa vez que las dejé plantadas, y ellas lleno de olor a podrido en la ropa y la piel. Me acerqué, y empecé a verlas de lejos, poco a poco más grades a medida que me acercaba. Fue muy lindo: las plantas crecidas, verdes. Sinceramente, sentí cierto orgullo de haber sido parte de eso (Figura 3).

Figura 3.

El verdeo cosechado el primer día en que fui, unos meses después, crecido.

[2] No suelo cruzarme a ella en la casa a esas horas, muchas veces, después de dejar a los chicos en la escuela, se iba a trabajar.



Nota: julio 2023. Fotografía de mi autoría.

2.1. Limpiar el riego

Fui hasta la parcela, y estaba libre: ya se había cosechado ahí. A decir verdad, creo que limpiar los riegos es una terea bastante mecánica cuando es así. Lo primero que hice es caminar la parcela para contar la cantidad de mangueras. Después, empecé por uno de los extremos del cuadrante con la primera tira tubular plástica microperforada. Hay que ir tirando hacia arriba de la manguera, rápido, pero no demasiado fuerte. El movimiento del plástico tiene que ser seco, para evitar desgarrarla o deformarla por estiramiento. La manguera tiene que ser cuidada. Sin embargo, todo lo que está por encima (tierra, raíces y plantas, o simplemente rastrojo) vuela por los aires con cada movimiento. Visto de lejos, recuerdo la primera vez que lo vi a Niko, es como su una pequeña explosión sucediera a cada paso en que se levanta la manguera, desperdigándolo todo por igual.

Cuando hay demasiado material (de lo que sea) sobre la manguera, puede que tirar de ella se dificulte (Figura 4). Mejor dicho, se pone en riesgo a la manguera. Es algo que se nota en el peso, en lo tensa que está antes de iniciar el tirón. Es ahí cuando me agacho, y empiezo a romper y cortar sea lo que sea que trabe el tubo plástico. Incluso puede hacerse a patadas, enganchado la bota por debajo de lo que está produciendo la traba y “hacia afuera” del surco. Lo importante es no romper la manguera. Todo lo que salga por los aires caerá sobre la parcela y la cubrirá, pero no es necesario tener cuidado alguno.

Figura 4.

Manguera de riego, en una parcela sin cultivar.



Nota: mayo 2023. Fotografía de mi autoría.

Sin embargo, hubo una vez que estuve largo rato quitado una sola manguera (eran cuatro o cinco). Creía que iba a ser algo de media hora, no más. Estaba equivocado. El riego estaba en los surcos de una planta de un tallo ancho, y hojas tan alargadas que tenían el tamaño de mi brazo: acelgas. Habíamos cosechado alguna parte de ellas, pero como me explicó Gordon, las hojas externas. El centro había que dejarlo intacto, para que vuelvan a crecer hojas y cosecharlas, y así sucesivamente hasta cerrar su ciclo vital.

El único detalle es que, si bien iban a seguir dando hojas, ya no necesitaban más del riego por goteo. Gordon me advirtió que lo haga con más cuidado. Empecé con dificultades para desconectarlas del caño principal, pero eso fue solo un pequeño detalle. Al adentrarme en el surco, iba levantando lentamente la manguera, corriéndola de por debajo de los tallos de la acelga. Constantemente me agachaba, movía la acelga con poca fuerza, para no dañarle su tallo, mientras desplazaba la manguera. Cada paso era corto, mirando fijo el suelo, para no pisarla. La manguera la iba apoyando arriba de ellas, para que no vuelva a enredarse entre las hortalizas y no lastimarlas al llevar la manguera hacia un costado. Tardé tanto tiempo es vez, que dejé la tarea inconclusa.

Esta diferencia, parece ser anecdótica. Sin embargo, haciendo lo mismo (“limpiar el riego”), no estuve haciendo lo mismo. La secuencia de acciones típicas, el tiempo que tardé, las explosiones verdes o esquivar cada tallo no fueron lo mismo. Mi cuerpo registró dos cosas bastante diferentes: en el primer caso, el más brusco, no terminé tan cansado como en el segundo. He aquí la cuestión: hay una incompatibilidad práctica en limpiar el riego. Como diría Mol (2002), la *puesta en práctica*[3] es distinta, por lo tanto *es* otra cosa. No se puede “limpiar el riego” de los dos modos al mismo tiempo. Son cosas que chocan, pero que no pretenden no hacerlo. Ambas formas son válidas. En cierto ámbito, una puesta en práctica está fuera de lugar y la otra no. De hecho, hacerlo de un modo en cierto ámbito, tiene una sanción. Las acelgas, no tienen que salir volando por el aire. No deben explotar. Si en la tierra cosechada tardo demasiado por estar corriendo sutilmente cada raíz o cada tallo, también habría una sanción. Esos materiales pueden salir volando sin problema.

Sin embargo, limpiar el riego pone en práctica otros objetos más que es puesto en práctica al momento de limpiar el riego: todo lo que queda de la cosecha, y la acelga. Lo que me interesa de estos es que no cuesta pensarlos como representantes de la naturaleza en una huerta. Esto resulta muy evidente para los productores mismos. No me preocupa el lugar que

[3] *Enact* o *enactment*: la autora sostiene que quiere mantener una otología performática de los objetos (del ser) sin la carga negativa que tiene el término *performance*. Esa carga negativa, según Mol (2002) es la posible persistencia un sentido representacional y de una capa oculta del yo detrás de la actuación.

ocupamos los humanos en relación con estos, porque el punto de partida de este análisis es que los objetos toman su existencia en el momento en que son puestos en práctica, es decir, el "cómo se hacen". Creo que, justamente, naturaleza es, siguiendo esta terminología, algo que se hacen la práctica agroecológica. ¿Y cómo sería concebible hacer esa naturaleza en la práctica agroecológica sin productores agroecológicos? En este sentido, la perspectiva de Mol (2002) es similar a la de Latour (2008): todos los objetos se hacen a partir de otros objetos, que a su vez, están hechos de otros, y así sucesivamente. El resultado es que los objetos podrían ser ensambles de cosas puestas en práctica. Por lo tanto, afirmar "la acelga es…" en el ámbito de la agroecología, implica humanos haciendo cosas (como también implica que sus hojas hacen cosas, sus tallos, la tierra, las hormigas y sol). De este modo, la acelga es parte de la naturaleza, y el humano forma parte de eso.

Sin embargo, lo que me interesa es otra cosa. El modo específico que aquí es acelga es parte de la naturaleza, y la forma en que los restos de la cosecha lo son. La acelga, a diferencia de los restos de la cosecha, merecen ser cuidados de una forma especial. Es la acelga y su relación con Gordon la que me obliga a limpiar el riego de esa manera, es su propia capacidad práctica. La acelga parece pertenecer a un estrato distinto que los restos de la cosecha. Porque estos segundos están autorizados a quedarse en la tierra que reposa, pero no merecen el cuidado que sí la acelga.

2.2. El asalto al Fortín Kale

Creo que el lector en este punto (y algunos párrafos antes) habrá pensado: "¡Ah! La cuestión es que la acelga fue sembrada, y el resto no." Eso no es del todo así. Por supuesto que, para la familia, la producción es su principal fuente de ingreso y la protección de lo sembrado no puede desligarse de esa práctica económica. Pero la siguiente distinción no es menor: se trata de mantener y cuidar un ámbito de lo sembrado, no todo lo que es sembrado en sí mismo.

Esta (Figura 5) es otra foto de las mismas cebollas que mencioné antes:

Figura 5.

Cebolla de verdeo, junto a manguera de riego.



Nota: mayo 2023. Fotografía de mi autoría.

Como puede verse el a fotografía, hay una manguera de riego instalada. La sequía que azotó al país hasta mediados de año fue un problema grave, no solo por la falta de agua. Aquí, el problema no era ese, ni limpiar el riego. Allí, había una guerra contra un enemigo que no tenía nada que perder y luchaba por su supervivencia: las hormigas negras. Uso la palabra guerra, por dos grandes motivos: en primer lugar, ellos (Gordon, Lara y los peones) hablaban de “luchar” o “combatir” contra las hormigas, y, en segundo lugar, una serie de prácticas destinadas a eliminarlas que requieren insumos, estrategia y personal que, en lugar de sembrar, cosechar, regar, o cargas cajones con remolachas, están haciendo otras cosas.

Hacerles la guerra a las hormigas, es una forma de cuidar las plantas, porque, paradójicamente, ellas las necesitan a las plantas igual que nosotros, por eso nos pelamos.[4]

Gordon me comentó las primeras veces que fui, que estaba intentando aislarlas. Dejarlas en ciertos surcos, y que no pase a otros. Esa primera estrategia fracasó. Este conflicto se estaba llevando a cabo en toda la quinta y el incremento paulatino puede verlo en el transcurso de las semanas. El primer día que llego, Gordon me dijo que esté atento a ellas, pero no vi ninguna hormiga. Trabajé todo el tiempo con Niko, y él tampoco vio ninguna. En cambio, me señaló algo de materia fecal solidificada de color blanco: de una liebre que “vive en el country” (frase literal). Dejemos a la libere en suspenso por un tiempo.

Otra vez que fui, vi un par que seguí y marqué su hormiguero con un palito, para que luego lo remueva. Pero, luego el conflicto se puso más interesante. Un día bastante nublado llego al campo, y Gordon me manda a podar kale y meterlo en un tacho. Las plantas se encontraban adelante, a pocos pasos de la casa, y eran un surco nada más. No sabía para qué. Me llamaba la atención dos cosas: primero, hacerlo solo (generalmente, cosechamos en grupo); segundo, no me dijo de armar atados. Era algo medio raro. El kale tiene una particularidad: su olor. Era por eso que estaba cortándolo. Un movimiento táctico de la estrategia defensiva que todavía no estaba abandonada (el aislamiento), pero (visto retrospectivamente) ya había fracasado. Me di cuenta cuando me dijo de ir a “tirarlo” (palabra usada por él) al fondo bordeando el verdeo que habíamos sembrado la primea vez que fui. Tenía que “tirar dos hojitas”, cada par a un metro distancia. Así, tenía que hacer una especie de empalizada olorosa para que las hormigas agarren el kale y dejen el verdeo. Nuevamente, la advertencia de que me fije si veo alguna hormiga. Dicho y hecho. Ese día vi dos hormigas perdidas, y me fui hacer otra cosa. Mejor dicho, me pusieron a buscar hormigas, y después a hacer alguna otra cosa.

A la semana siguiente el panorama era devastador: adelante no había más plantas de kale, y las defensas del fondo habían sido sobrepasadas. Niko y Tommy levantaron todo el kale (el arbusto cortado de raíz) un día antes y lo dejaron apilado enfrente de la parcela donde habíamos sembrado el verdeo, y lo cubrieron con un plástico. Pasé una parte importante de la jornada construyendo el Fortín Kale. Era hacer lo mismo que la vez pasada, pero rodeando toda la parcela, usando mucha más cantidad de kale. Pedazos enteros del tronco y hojas por igual. El surco entero de kale había sido transformado en una pared olorosa para evitar que las hormigas tomen posesión de la parcela y devoren el verdeo. El fortín fue asaltado por las hormigas, pero resistió el embate lo suficiente como para empezar a revertir la situación.

[4] Ellas no comen las plantas que atacan, las usan para cultivar un hongo que mantienen y del que se alimentan.

Este relato bélico, nuevamente, parece ser anecdótico. A decir verdad, estando ahí, me sorprendió la gran cantidad de tiempo que pasé ocupándome de las hormigas. Sin embargo, lo que me interesa destacar aquí, no es tanto la lucha de igual a igual con las hormigas, sino como se configura lo sembrado en las prácticas agroecológicas de las que participé. Como decía antes, no se trata tanto de cuidar al cultivo sembrado en sí mismo, sino como parte de un ámbito y es este ámbito el que será cuidado. El kale, a diferencia de la acelga y el verdeo, en este momento le tocó el lugar de ser sacrificado para proteger a las demás especies que crecían en la parcela del fondo. De este modo, la misma producción de la quinta se sirve de sí misma para resistir el ataque de las hormigas.

No hay un único objeto que es sembrado. Creo que ya queda claro que, haber sido sembrado, tampoco es garantía de que será protegido. Es el ámbito, parece, que tiene ese privilegio, por decirlo de algún modo. Sin embargo, haber sido sembrado tampoco es una condición necesaria para que algo mezcla protección y el cuidado, como veremos próximamente. Pero, ¿qué pasa con las hormigas negras?

2.3. Cráteres

Esta guerra con las hormigas se libra básicamente, en una sucesión de movimientos ofensivos y defensivos. La construcción del fuerte fue, en cierta manera, un punto de inflexión de la contienda. Ese mismo día Gordon me puso a buscar hormigas en otra parcela. Al encontrar una, hay que seguirlas, porque hacen unos surcos pequeños (las llamaré trincheras, para no confundirlos con los surcos de las parcelas) por las que marchas en uno y otro sentido, yendo sin carga y volviendo con aquellos cortes de hojas (o insectos) que llevan al hormiguero. Ese es el objetivo: encontrar el hormiguero.

Avisé a Gordon, y Niko fue a buscar una mochila pulverizadora. Tommy seguía haciendo no sé qué cosa (cosechando, me parece), mientras Gordon empezó a hacer un pozo donde las hormigas estaban entrando en la tierra. Encontré otro. Las hormigas salían del pozo. Que lo marque con un palo, dijo Gordon. Niko fue a buscar un balde con agua. Gordon tiró veneno (del pulverizador) donde había hecho el agujero en la tierra. En un ejercicio pleno de metáfora y exageración, tirar con el pulverizador resonaba en ciertas imágenes de los estadounidenses en el frente oriental de la Segunda Geurra Mundial con los lanzallamas. Las hormigas seguían saliendo del pozo rociadas por el veneno. Tommy encontró otro. Niko, luego, inundaba los pozos. Todo empezó a ser un poco caótico: Niko y Gordon se turnaban, yendo de un lado para el otro, para usar la pala y la mochila; uno me pedía que le acerque la pala, luego el otro; Tommy seguir en lo suyo; yo intentaba seguir buscando hormigas mientras ayudaba a Gordon y a Niko, inundaba algún pozo. Encontré más hormigas: coloqué un cajón donde las había visto.

Figura 6.

Hormigas y pozo.



Nota: abril 2023. Fotografía de mi autoría.

En la foto (Figura 6) pueden verse a las hormigas (en la sombra) y el pozo (en el sol). El campo empezaba a tener otro paisaje. Los surcos se veían interrumpidos por cráteres que, en otro ejercicio de exageración para darle continuidad a la metáfora bélica, parecían de un bombardeo. Durante toda la semana siguiente, Gordon me contó que la estrategia ofensiva continuó.

Entonces, ¿qué pasa con las hormigas? ¿Qué tienen en común con la acelga o el verdeo? En común tiene el hecho de la coexistencia de diferentes forman de naturaleza en la huerta. Estas hormigas (estas resultan ser una palabra clave, como veremos pronto), ocupan un lugar completamente distinto al del kale y la acelga: hay que evitar que molesten. A las hormigas negras, se les dio pelea durante poco más de un mes para quitarlas de medio. La naturaleza, siendo las hormigas, el kale y la acelga parte de ella, se pone en práctica de modos diferentes

y coexisten: chocan en el momento mismo en que una se combate, otra se sacrifica y la tercera protege.

2.4. Alianza con las rojas

Las hormigas que había encontrado Tommy, también eran parte del problema. Se persiguió con ellas como veníamos haciendo: agujero, veneno, inundación. Luego, le recordé a Gordon de las que había marcado con el cajón. Fuimos hacia ahí, sin pisar los surcos cultivados, y levantó el cajón. Cuando las vio, me dijo, que estas “no”. Esas estaba bien que estén. Eran hormigas rojas, yo no me había dado cuenta cuando las marqué. Me dijo que esas había que dejarlas estar por ahí, porque los ayudan: se comen otros insectos, incluyendo a las otras hormigas. Son parte del control de las plagas de la huerta. Es casi como si hubiese una especie de alianza tácita entre ellas y los humanos.

Estas hormigas, son de una especie distintas a las negras. No solo de una especie de esas que están en los manuales de taxonomía. Sino en una jerarquía: en la práctica agroecológica, hormigas rojas tienen un estatuto particular que las hace necesarias, deben ser protegidas. Aunque es, en cierto modo, también, un “dejarlas hacer”. La forma en que se las protege es permitiéndoles compartir el espacio y que, en cierto modo, colaboren con las tareas productivas. ¿Cómo lo hacen? A estar hormigas se les delega, hasta cierto punto, la protección de los cultivos. No son cultivadas, por supuesto, pero aun así poseen un estatuto similar a la acelga y al verdeo. Si están entre los surcos, pueden quedarse y es deseable que así lo hagan.

2.5. La tercera posición

Las 11:45/50 significaba que la jornada estaba por terminar para mí. En cualquier momento el auto aparecería en algún lugar del camino de tierra, y tendría que ir caminando de vuelta hasta ahí. De camino de vuelta a donde dejé la mochila, paso por una parte de tierra que no está siendo producida: solo hay pasto. De reojo, veo una hormiga. La empiezo a seguir, y luego hay otra, y otra, en una larga fila hasta el alambrado. Lo marco con un tronco. Y voy a buscar a Gordon. Él estaba, todavía en plena campaña contra las otras hormigas negras. Le digo donde estaban estas nuevas supuestas contendientes, y que se salían de los límites de la producción. Me responde que “no pasa nada” con esas. Sin mucha más explicación, que “si se van para afuera”. Con esas hormigas, total indiferencia. Podían estar como no, y no interesaba demasiado.

La configuración local (Mol, 2002) de las hormigas en la producción agroecológica parece crear un tercer grupo que nada tiene que ver con la especie de hormiga que es. Una especie de tercera posición de hormigas que no inciden el “teatro de operaciones” de las otras.

Simplemente están ahí, pero su existencia no es que pase desapercibida, sino que es completamente indiferente. En la guerra entre productores agroecológicos y hormigas, estas negras se encuentran al margen de todo conflicto. No se les dará lucha alguna, pero tampoco se espera que hagan nada más que estar ahí, yendo y viniendo lejos de todo lo sembrado.

Sin embargo, la contienda continúa con las otras. Esto podía llegar a parecer una contradicción en lo que estas hormigas son. Pero, en definitiva, no es una cuestión de distinguir entre hormigas negras y rojas, sino de poder categorizarlas en función a lo que ellas mismas hacen en la huerta, para mantenerla como un ámbito de lo sembrado. Se les dará pelea a unas, otras serán deseable que estén protegiendo los cultivos de insectos potencialmente atacantes, y unas serán completamente indiferentes. Son tres formas simultáneas en las que la naturaleza es puesta en acto en una producción agroecológica.

Asimismo, el resultado de la contienda parece ser siempre el mismo, aunque los daños se calculan luego. Ellas se retiran, se libra alguna que otra escaramuza aislada, y se inaugura una especia de paz intranquila. Porque nunca se sabe cuando cavarán las nuevas trincheras, marchará disciplinadamente en fila y el conflicto se reanudará con la misma intensidad que supo tener.

3. El fin de una liebre

Me senté en una de las sillas debajo del techo, con la espátula en mano, y empecé a quitar las capas de barro y materia orgánica que la bota tenía adosada. Mientras despejaba la suela de goma amarilla, escucho que Gordon se acerca y me dice algo como para empezar a cerrar la jornada.

Ahí mismo, me acordé de la liebre. El primer día que fui, estuve sembrando cebollas de verdeo. En medio de uno de los surcos, encontramos materia fecal, y Niko rápidamente me dijo que era de una liebre, y que se comen todo lo que hay (por esto me acordé de ella). Gordon, me contó que los perros jóvenes son medio “estúpidos”, porque la corren a la liebre y, en lugar de cazarla, se la quedan mirando mientras la otra se escapa por detrás del alambrado. La perra más vieja era la que cazaba, y la liebre “vive en el country” me dijo Gordon mientras reía con Niko. Además, no les pueden disparar porque las personas del country se asustan y llaman a la policía, y la liebre sale corriendo cuando ven la luz de ellos por las tardes/noches.

Esto, en principio, parece puramente anecdótico, pero no lo es. La liebre, en la producción agroecológica tiene que ser desplazada (matada, en el peor de los casos). Sin embargo, ella goza de una protección que corresponde a un conjunto de elementos que solemos denominar “sociales”: los límites jurídicos del country, el alambrado, la reacción de las personas frente al

estruendo de un arma. La liebre, en esta práctica localizada, parece estar usufructuando de un privilegio social. La liebre “es viva”, como decía Gordon con un dejo de ironía, porque “vive allá y viene a comer acá”. La liebre, en cierto modo, ponía en juego un orden social. Es más, la liebre vivía en el country que construyeron en las tierras donde el padre de Gordon hacía pastar sus vacas cuando él era más joven. Ahora, ellos viven a un country de distancia.

Por supuesto, a la liebre le tendieron una trama en la huerta, cayó en ella, y los perros, cree Gordon, se la comieron una vez muerta, y en el country no pareció haber consecuencias entre los demás habitantes de ese lugar. La trampa diferencia a la liebre de las hormigas negras que también entraban y salían de área de la producción, porque esta atentaba contra el ámbito de lo cultivable, y la asimila a las hormigas a las que les estabábamos dando pelea ese mismo día.

4. Desenlace: para concluir

Cuando me fui, volví manejando yo. A mi padre, le conté toda la lucha que tuvimos con las hormigas y, si bien el interés no sobraba, parte de lo aquí narrado surge de ese relato. Aunque, sinceramente, no hubo una verdadera reflexión sobre lo acontecido en ese momento.

Mucho tiempo después, al momento de redactar esta ponencia, revisé bibliografía que ya tenía leída sobre agroecología, y dejé en suspenso un poco una línea del argumento (en realidad, no la mencioné): antes dije que los mismos productores aceptan el uso de “naturaleza” para referirse a la acelga, por ejemplo, pero no avisé que la misma bibliografía sobre agroecología, también habla de naturaleza sin preguntarse demasiado qué es. Asimismo, plantee la necesidad de potenciar los vectores propios de los sistemas naturales que en colaborarían a realizar una producción sustentable, es decir, con la “capacidad para mantener un nivel de productividad de los cultivos a través del tiempo sin exponer los componentes estructurales y funcionales de los agroecosistemas” (Altieri, 1999, p. 66). En términos de biodiversidad, por ejemplo:

> Los conocimientos actuales sobre la relación entre la biodiversidad y la función ecosistémica en los ecosistemas naturales (Tilman, Reich y Knops 2006) pueden ayudarnos a gestionar el agroecosistema en múltiples escalas temporales y espaciales. La literatura actual sobre biodiversidad y función ecosistémica nos dice que el parámetro más importante no es la biodiversidad (o riqueza en especies) per se, sino la diversidad funcional, es decir, la representación de las especies que llevan a cabo diferentes funciones ecológicas (Moonen y Barberi 2008) como dinamizar el ciclo de nutrientes o regular las plagas. (Rosset & Altieri, 2018, p. 40)

En cierta forma, esto también fue uno de los aspectos que me atrajeron de la agroecología. Digo también, porque es un proyecto social y político que trasciende por mucho los alcances de este breve texto, y sinceramente, no pretendo discutir ninguna de las dos. Parte del interés era (y sigue siendo), como sociólogo, poder ver (en el sentido más literal del término, en este caso) esa biodiversidad funcional. Verla en una producción, siendo puesta en acto. Como correlato es que "se hace naturaleza". La biodiversidad funcional (natural) es una práctica de protección de un ámbito de lo sembrado. No creo que sea interesante preguntarse por la intervención humana en los procesos naturales, porque la pregunta ya formula una respuesta anterior a *lo que la naturaleza es*, y nos escinde de ella. Tampoco creo que haga falta esa separación para poder decir que los humanos damos forma a la naturaleza, porque la operación es otra: la naturaleza puesta en práctica involucra el quehacer de estas otras entidades llamadas humanos (y acelgas, hormigas, tierra, liebres, perros, surcos, etc.).

Esta biodiversidad funcional, ya sea en término de "abundancia y diversidad de los insectos benéficos" (Altieri, 1999, p. 68) o la presencia de "población de la fauna silvestre" para el mantenimiento de la "calidad de los paisajes agrícolas" (Altieri, 1999, p. 66), es un triunfo temporal (Mol, 2002) de unas prácticas, que podrían ser otras y, en algunos casos chocar. De hecho, la "presencia de la fauna silvestre", ¿no entra en manifiesta tensión con el destino de aquella liebre? En la huerta, ya no es una cuestión de "biodiversidad funcional" (en sí mismo). Tampoco, de comprender una categoría de hormiga que forma una especie de jerarquía entre ellas. Esa categoría es posible por lo que ellas mismas hacen en la configuración de un espacio particular: una producción agroecológica. Empiezan a ser hormigas "buenas" (las rojas que matan otros insectos), "malas" (negras que atacan la lo cultivado) y las "no pasa nada" (negras que no atacan lo cultivado). Y así, la naturaleza, merece ser cuidada, matada, y es indiferente. Es un asunto de productores, hormigas, acelgas y liebres concretas en una huerta agroecológica que, todo eso que ya vimos que hacen, ponen en práctica (y configuran) la biodiversidad funcional y lo que la naturaleza es. Y sí, la naturaleza, merece ser cuidada, matada, y es indiferente. Pero cuidado, nosotros somos parte de ella.

5. Referencias bibliográficas

Altieri, M. A. (1999). *Agroecología. Bases científicas para una agricultura sustentable.* Editorial Nordan-Comunidad. http://agroeco.org/wp-content/uploads/2010/10/Libro-Agroecologia.pdf

Buscatto, M. (2022). Designing Ethnographies. En U. Flick (Ed.), *The SAGE Handbook of Qualitative Research Design*. SAGE Publications Ltd.

Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de Investigación.* Paidós.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Ediciones Manantial.

Malinowski, B. (1975). *Los argonautas del Pacífico Occidental: Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Ediciones 62.

Mol, A. (2002). *The Body Multiple*. Duke University Press.

Quéré, L. (1992). Le tournant descriptif en sociologie. *Current Sociology*, *40*(1), 139-165.

Rosset, P., & Altieri, M. A. (2018). *Agroecología. Ciencia y Política*. Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA).